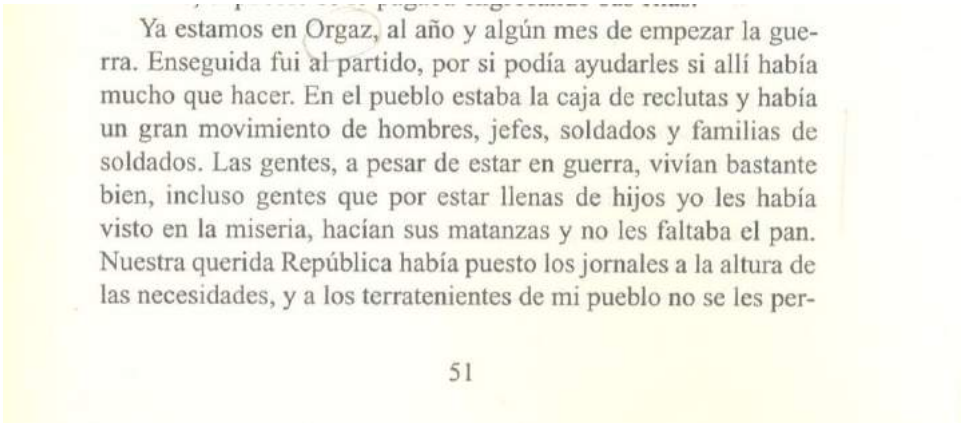
Publicación: CUEVAS RODRIGUEZ, Victoriana: **Yo y mis días: en prosa y en verso**.— Madrid: 1993, 311 páginas

La autora, natural de Orgaz (Toledo), dedica este libro "a los hombres y mujeres del treinta y seis para que no sean olvidados" .

Y en una nota inicial nos explica su propósito: " *Todo lo que vais a leer son algunas cosas que, como mujer, pasé junto con mi pueblo. Como soy analfabeta no estoy segura que esté bien explicado, y sé que al leerlo pensareis que cosas peores habéis vivido, o habéis escuchado a nuestros mayores. Yo no fui de las más señaladas por la mala suerte, pero no fui de las que no pueden olvidar los sufrimientos de aquellos que andaban a mi alrededor, y fueron muchos"* (p. 7)

En este libro encontramos muchas referencias biográficas y familiares y expone en distintos pasajes sus vivencias y valoraciones, las de una mujer republicana, sobre la vida en Orgaz durante la Guerra Civil (1936-39). Aquí los reproduzco:



Ya estamos en Orgaz, al año y algún mes de empezar la guerra. Enseguida fui al partido, por si podía ayudarles si allí había mucho que hacer. En el pueblo estaba la caja de reclutas y había un gran movimiento de hombres, jefes, soldados y familias de soldados. Las gentes, a pesar de estar en guerra, vivían bastante bien, incluso gentes que por estar llenas de hijos yo les había visto en la miseria, hacían sus matanzas y no les faltaba el pan. Nuestra querida República había puesto los jornales a la altura de las necesidades, y a los terratenientes de mi pueblo no se les per-

51

mitía, de momento, disponer y ordenar como hasta entonces habían venido haciendo. Si a algunos, por su complicación, se les habían confiscado las tierras las trabajaba el Ayuntamiento; vi a los hombres trabajarlas con ilusión y pensando la manera de que cundiera más. Los jóvenes que militaban en el PC tenían organizadas las cuadrillas de choque; por el mismo jornal salían una hora antes y volvían una hora después. Enseguida empecé a trabajar con ellos.

Mi familia empezó a contarme las cosas que habían pasado, que no habían sido buenas; sólo los mayores hablaban de ello, los jóvenes estaban ilusionados y el que más y el que menos deseando cumplir los 18 años para marcharse voluntario; algunos se fueron antes.

Por la noche se acudía a los sitios de reunión; además de que estaba organizado el cuadro artístico, siempre había algo que hacer: nombrar delegados para el Socorro Rojo, organizar cuadrillas para allanar carreteras —cada pueblo tenía que tenerlas lo mejor posible para el paso de las ambulancias—, en fin, todo era actividad. Creo que lo que tanta ilusión ponía en todos era el saber que todos estábamos haciendo algo por todos. Eso nos hacía sentirnos más importantes. Pienso que el hombre es dos veces hombre si sabe que lo que hace es para mejorar a los demás. Una noche nos tuvimos que reunir viejos y jóvenes en el sindicato; el tío Minalla, que era el encargado de vigilar los trabajos del campo, pilló a Kiriki —por cierto, primo mío de 15 años— con una carga de leña que, por lo que se ve, no debía haberla hecho donde la hizo. El caso es que se la quitó; se la quitara o no, lo que importó fue el método y por eso nos reunimos todos, pues le mandó descargarla en el corral de su casa para su uso. El señor tuvo que coger la leña y llevarla al Ayuntamiento para que si alguien la necesitaba la comprase.

En mi vida no he presenciado muchos juicios, vi aquél y otro alucinante donde fue juzgada mi hermana en el que, cuando pasamos, ya medio sabíamos lo que íbamos a ver: aquellos señores no eran hombres, eran fieras, y salieron tres penas de muerte.

¡Ah!, presencié también otro por culpa de una grúa que le rompió la clavícula, estando en la acera, a mi hija; la casa asegu-

Documentos relativos Orgaz (Toledo) Disponible en: www.villadeorgaz.es
Seleccionado por Jesús Gómez Fernández-Cabrera

radora nos citó para un arreglo, y aunque yo ya había oído a mis mayores, acostumbrados a la buena justicia, que más valía un mal arreglo que un buen juicio. Y así se lo hice constar a mi marido, no hubo arreglo y fuimos al juicio. Cuando llegamos a las Salesas, paré a mi hija, hice que leyera las letras que hay en la parte superior y le dije: "Aunque ahí pone Palacio de Justicia, no se te ocurra nunca venir a buscarla". Así lo pudimos ver a través del juicio; a mi marido, siendo ellos los que le habían citado, le llamaron estafador por no haber aceptado el arreglo en el que le daban siete mil pesetas. En el juicio sacamos cuatro mil y eso porque hasta ahora no hay, al parecer, ninguna ley que permita a los coches subirse a las aceras.

Bueno, a lo que íbamos, los mayores, yo vi que algunos no se portaban como era debido. Un día en que estábamos en la plaza para despedir a unos cuantos voluntarios, pues como dije, los muchachos cuando llegaban a la edad marchaban, acertó a pasar, no sé si lo haría aposta, el Cojo Chorrilla, secretario del PC. Su despedida a los muchachos fue llamarles idiotas y no sé cuántas cosas más; que él había ido voluntario pero que no volvería. Se armó tal bochinche que estuvimos reunidos sin salir a comer y tuvo que venir hasta el Central de Ocaña. Por fin la cosa no se llevó a efecto, pues, para su descargo, aquel hombre decía que en el campo no quedaban hombres para trabajarlo. Yo sé que no era así, la verdad era que eran unos pobres hombres que venían del miedo y estaban volviendo al miedo; les faltaba firmeza porque les faltaba cultura, y confianza en el prójimo, porque empezaban por no tener confianza en ellos mismos. Por ejemplo, Carpo, que era un buen hambre y estaba en abastos, si te acercabas a por un poco de azúcar, según la categoría así te lo daba; el pobre no salía de casa de los ricos. Tampoco se me olvida Rebanche, que era el alcalde; se pidió en toda España ayuda para las evacuaciones de Castellón y nosotros pensamos mandar aceite; el alcalde dijo que no y entonces tuvimos que hacer ajuste del que se había cogido, del que se había gastado y del que se podía gastar; mandamos dos camiones. Esto lo hacíamos los jóvenes, ayuda dos por un señor que era republicano y muy católico, de los que decía que Jesús murió para concienciar, dando su ejemplo y acabar con la sober-

Documentos relativos Orgaz (Toledo) Disponible en: www.villadeorgaz.es
Seleccionado por Jesús Gómez Fernández-Cabrera

bia de los ricos, en una palabra incondicionalmente al lado de la causa que disputábamos. Se llamaba Pepe Chinas; por su sencillez, por sus valores humanos que llevaba en su conciencia, era nuestro apoyo y nos valía de mucho, pues también era el único de entre nosotros con un poco de cultura. La juventud llena de ilusiones, y él siempre estaba con los jóvenes, por estar convencido de que los jóvenes, bien dirigidos, éramos el amor y la perfección que buscaba él en el mundo; al contrario que otros. Al empezar la guerra, él no participó en nada; sin embargo, puso todo su sentido organizador y estuvo en ella hasta el último momento.

Cuando tuvo que dar el suministro de aceite al pueblo, el alcalde dijo que no podía, porque se había mandado a Castellón. Tuvimos que andar de cabeza porque el alcalde buscaba tres pies al gato, pero encontró cuatro; sacamos que había aceite almacenado de dos años. Por ese tiempo también el alcalde dispuso mandar a Valencia todas las familias de derechas, nosotros expusimos que así, por las buenas, no se debía mandar a nadie. Lo hablamos y lo consultamos con Pepe Chinas y él nos aconsejó que esas familias nosotros sabíamos cómo vivían, cómo se comportaban, pero mandarlas fuera desterradas y sin vigilancia como ellos querían era peligroso. Yo había visto con cuánta facilidad me había hecho en Navarrés del PC. El con nosotros se opuso a esa evacuación; además, era tan caballero que nunca hacía sentir su peso de superioridad a nadie. Anteriormente ya os he dicho que era republicano, católico y de los que pensaban que era un honor morir por el bien del prójimo. Ese honor le cupo a él, pues el día de Santiago de 1940, día en que le fusilaron, como en algunos casos se suele decir, el sol no se nubló, pero puedo asegurar que el pueblo lo vio nublado por tanta lágrima que había en los ojos.

Orgaz es un pueblecito alegre, enjabelgado, habitado en su totalidad por gente muy humilde pero muy tratable. De la guerra no se sabía nada más que la llegada de los muchachos para aprender la instrucción y su marcha, pero por ese motivo, como en todos los sitios, donde hay mucha juventud hay mucha alegría. En el teatro, un teatrito que para el pueblo no estaba nada mal

entonces era insuficiente; había muchachos que se ponían fuera de la barandilla del principal hacia el patio de butacas, se reía, se chillaba, aquello era un gallinero.

No se me olvida un día que fue el cuadro artístico de Mascaraque; una de las cuartetas que llevaban la corearon toda la guerra los quintos que por ahí pasaron; decía:

Franco nos ha asegurado
que van a tomar Madrid,
y nosotros les decimos
en las trincheras, venir, venir,
la, lara, la, la, ...
Los chicos de Mascaraque
estamos muy convencidos
que para salvar a España
hay que estar todos muy bien unidos,
lara, la, la, ...

Esto las chicas lo hacían con una buena gracia y simpatía; cuando decían, venir, venir, se arrimaban al borde del escenario y hacían el movimiento de la mano como si llamaran a los chicos con picardía; los chicos llenaban de voces el teatro y os podéis imaginar lo que se armaba. Entre las voces siempre se oía "el no pasarán". Entre los soldados había uno que tocaba la trompeta y nos interpretaba una canción por entonces muy de moda, "Mi jaca"; había que oírnos a todos galopar y cortar el viento con el de la trompeta. Cuando salíamos al campo había quien se apostaba en los caminos para vernos pasar; nuestra cuadrilla, toda de chicos y chicas jóvenes, daba la sensación de que, en vez de ir a trabajar, íbamos a una romería, sobre todo unos catalanes que tenían el mando de la caja de reclutas.

En el tiempo de la recolección de la aceituna, como los olivares están en la falda de los montes y salíamos una hora antes, íbamos levantando la caza. Con nosotros venían unos chicos del Tío Pandelino que tenían galgos; casi todos los días había caza de liebres, conejos y hasta gatos. Eso sí, cuando nos poníamos a trabajar lo hacíamos con ahínco, pues los mayores que venían con

Documentos relativos Orgaz (Toledo) Disponible en: www.villadeorgaz.es
Seleccionado por Jesús Gómez Fernández-Cabrera

nosotros, entre ellos el Tío Chivo, hombre simpático pero que a la hora del trabajo no se casaba con nadie, nos hacían recoger bien la tarea. Los chicos se juntaban donde les quisieran guisar lo que cazaban y nos decían dónde iban a estar por si queríamos ir. Yo, por mi parte, nunca fui, pues cuando llegaba a casa con estar con mi hijo tenía bastante; sólo bajaba si había alguna reunión o si había algo que hacer en las jornadas del campo. La hora de la comida era la hora de cambiar impresiones, la hora de los chistes. Si hacía frío, sentados alrededor de la lumbre, pues una de las obligaciones de los mayordomos era tener buena lumbre a la hora de comer, y, si no hacía frío, comíamos al sol, pues aunque sea pleno invierno el sol de España nos suele regalar días muy hermosos. Cuando terminábamos de comer, se jugaba a la gallinita ciega, a la zapatilla escondida o, simplemente, se hablaba de lo que sería España cuando se acabara la guerra, siempre claro está, y sin poner en duda el triunfo de la República; no era posible pensar que el pueblo volviera a ser aquel burro sin voz ni voto, con todo lo que estaba dando para que triunfara su República.

De la Iglesia no se hablaba nada; cuando se acabara todo aquello, el gobierno ya sabría lo que tenía que hacer, pues el pueblo aun siendo católico la había golpeado, diríamos, instintivamente, pues siempre la había visto al lado de sus enemigos.

Mi tío Jesús fue llamado a filas; todos quedamos a disposición de mi tío Gregorio, que, por ser el mayor, era el que disponía lo que había de hacer. Con ese motivo tuvo todos los nombres de los republicanos, primero Alcalá Zamora y Azaña, y ahora le llamábamos Negrín; así es que cuando él llegaba, decíamos: "Vamos, que ha llegado el jefe de órdenes". Éramos una familia que siempre llamó la atención por lo unida, trabajadora y discreta. Nuestros apodos eran: por mi abuelo "Charcas", y por mi abuela "Finuras". En verdad, lo que era de uno era de todos; siempre íbamos juntos, sobre todo a la hora de la recolección; se acudía donde más falta hiciera, lo mismo daba que la tierra fuera de mi tío Jesús que de mi tía Micaela o de quien fuese, pues eran ocho hermanos.

Nuestra educación no tiene moral, el capitán del mundo nos educa. Os voy a contar lo que nos pasó estando vendimiando en

Documentos relativos Orgaz (Toledo) Disponible en: www.villadeorgaz.es
Seleccionado por Jesús Gómez Fernández-Cabrera

una viña de mi tío Gregorio. Toda la mañana vimos a uno tirando de la noria; cuando llegó la hora de comer se vino con nosotros, pues estaba solo. Mi tío le dijo: "¡Coño, Leba! —pues ese era su apodo—, el borrico comiendo y tú tirando de la noria", a lo que contestó aquella mole de hombre que, sin ser muy alto, era grandísimo: "Es que el borrico el pobre es muy viejo y ha trabajado mucho". Después, cuando acabó todo, supe que ese hombre fue uno de los primeros que fusilaron los nacionales, en un trigal de al lado del cementerio y en presencia de todo el que quiso verlo; y que por ser tan robusto tardó bastante en llevárselo la muerte, y también que a cada salto que daba su cuerpo se formaba tal escándalo y tantos aplausos que el que mandaba el pelotón dijo que eso no volvería a ocurrir. El tal Leba cuentan que el día que le detuvieron alguien le dijo, según marchaba para la cárcel: "Prepárate, que ahora van a darte el "paseíto"". El contestó: "¡No te jode!, para los que he dado yo". Pienso en la filosofía de ese hombre teniendo lástima del borrico y, por lo que se ve, no la tuvo de los hombres. Esto es a lo que podemos llegar si la sociedad nos violenta, para que pasemos sin ningún miramiento por encima de los derechos humanos.

Desde estas líneas no puedo mentar a todos los que fueron fusilados, pues tampoco lo sé; pero sí sé que la mayoría eran inocentes, como mi primo, pues esos desmanes los hicieron entre pocos y aprovechando el río revuelto. Yo no puedo dejar de acordarme—y España sé que lo lamentará en su historia—, de aquellas madres que tuvieron que sufrir ese calvario, lo mismo de un lado que del otro. Pero acuso y no dejo de acusar a todo el que, por su dinero o su soberbia, obligó al pueblo a coger las armas.

Yo en el pueblo no había estado más que en verano, y nunca como estaba entonces. Para mí, el ir y venir de las cuadrillas y la alegría de sus cantos, los comparé con los aleteos, el ir y venir de las golondrinas y el gorjeo de los gorriones en una mañana de verano. Pero dieron en llamarme "El gato con botas", pues en la aceituna llevé unas botas katiuskas que me mandó mi hermana.

Aquel verano del treinta y nueve había pocos hombres; los que no habían sido llamados por su quinta se habían ido voluntа-

Documentos relativos Orgaz (Toledo) Disponible en: www.villadeorgaz.es
Seleccionado por Jesús Gómez Fernández-Cabrera

rios. Había pocos y mucho sembrado. En mi pueblo las mujeres no siegan, pero como en otros sitios sí lo hacen, entonces acordamos que nosotras segaríamos. El alcalde y todos esos hombres que os he mentado en otras ocasiones dijeron que no, que estropearíamos todo, entonces nosotras defendimos nuestra causa diciendo que llevaríamos una cuadrilla de espigadoras para que recogieran lo que nosotras dejáramos caer, y que mejor era eso a que se quedara en el campo por falta de brazos. A tanto llegaron las discusiones que, un buen día, a mí, por creer que llevaba la vez cantante, me llamaron al Ayuntamiento, pues había llegado un representante del Gobierno para inspeccionar la marcha del campo, cosa que no había ocurrido nunca. Aquel inspector me dijo que las mujeres no iríamos a segar de ninguna manera, por no saber. Yo le dije que con buena voluntad como hasta ahora habíamos venido de mostrando, aprenderíamos, pues en otros sitios ya lo hacían de siempre las mujeres. El pensó en que tenía que ceder, entonces se me quedó mirando, me dijo que qué bien hablaba y que yo, por el tipo, era el "Capitán Araña". Cuando me mandó llamar debió pensar que sería alguna campesina mayor, con el pelo alborotado y desdentada, pero yo, para ir a hablar con él —que cuando me lo dijeron venía nada más y nada menos que de arrancar garbanzos y es una semilla que, te pongas lo que te pongas en las manos, te arranca la piel; y os podéis figurar cómo tenía las manos. Me arreglé, me puse no el mejor vestido pero sí uno que me sentaba muy bien; como siempre he sido muy coqueta y todos los días antes de marchar al campo me cubría la cara con nata de leche y mientras estaba en el campo me tapaba bien con el pañuelo, todo esto, unido a mis pocos años, hay que ver lo guapa que me debió de ver cuando me llamó "Capitán Araña". Debió pensar que yo el campo no le veía ni en película y que mi oficio era arrear a la gente; entonces le puse las manos por delante y ganas tuve de llevarle con nosotras a arrancar garbanzos, pues él sí que era un camuflado de los muchos que había y se les dejaba vivir.

Resultado: aquella noche de la Casa del Pueblo sacamos mayordomo para que viniera con nosotras, segamos y se cogió

Documentos relativos Orgaz (Toledo) Disponible en: www.villadeorgaz.es
Seleccionado por Jesús Gómez Fernández-Cabrera

una hermosa cosecha, pues los tres años de guerra fueron fértiles y hermosos, al contrario de los años que siguieron a la paz. Hasta el cielo nos quiso ayudar.

Al final de aquel verano se me ocurrió domar un burro que tenía más de tres años y no lo había montado nadie. Empezamos que sí, que no, me le sujetaron y... arriba. Como yo sabía más o menos cómo había de tratarle, me puse justo encima de las patas delanteras y, efectivamente, sin demostrar mayor inquietud me trajo hasta el pueblo. Entonces, confiada, me eché un poco hacia atrás. Tan pronto lo hice, tan pronto salí volando de su lomo y me encontré como un saco despanzurrado en la carretera. Tanto a mí como a todos nos pilló de sorpresa, pues ya en varias ocasiones había demostrado ser buen jinete. Marchando un día de aceitunas por la carretera, se espantó el animal que llevaba y, dando saltos, me bajó por una pendiente; todos creyeron que me había tirado, pero yo me sujetaba bien; me revolví y di al animal para que subiera; era un terraplén muy alto y en medio había un poste de esos que tienen un cable para sujetarle, ni el animal ni yo vimos el cable que, al esforzarse el animal por subir le dio en el pecho, con lo que fui a parar casi en la cabeza pero no me caí. En mi vida he recibido tan gran ovación, lo mismo de mis compañeros que de los soldados que estaban al borde del terraplén presenciando el espectáculo; de la bandera que llevaban los soldados era de lo que se había asustado el animal. Pero el día de la doma me pasó lo que decía mi padre del "Bomba", que toreaba bien pero quedaba mal. Me di en una rodilla y tuve que estarme quietecita, pero como a pesar de eso no adelantaba nada, decidimos que me vieran en Madrid; una de las veces que pasó mi hermano del frente me fui con él. Era el mes de octubre.

Soy la mujer de la suerte, pues ya no volví al pueblo hasta 1945. Si me hubiera pillado el final de la guerra en el pueblo hubiera pasado por todo lo que pasaron aquellas mujeres que venían conmigo a trabajar. Fueron purgadas y peladas, que eso era de ritual, pero, además, se las dejó como su madre las había traído al mundo. Hicieron desfilar a los presos delante de ellas, según luego me contaron; creo que los pobres cuando las vieron

Documentos relativos Orgaz (Toledo) Disponible en: www.villadeorgaz.es
Seleccionado por Jesús Gómez Fernández-Cabrera

cerraron los ojos. Eran hermanas y mujeres de muchos de ellos. Eso lo hacían para humillarlos, pues sabían el sentido de decencia que había entre nosotros. También me dijeron cómo antes de matar a los hombres eran obligados a la confesión; no es que sea tremendo el confesar, lo tremendo era lo que se veía hacer en nombre de Cristo Rey. Así sucedió que un chico, que por cierto era inclusero, apodado "El ganso", cogió del cuello al cura y si no andan listos le ahoga. Con todo esto no quiero decir sino que la violencia es madre, hija, abuela y todo de la violencia.

Bueno, mi hermano me trajo a Madrid y ya estoy otra vez con mi hermano carretera adelante como cinta de serpentina. Es otoño y no vamos muy contentos; en el pueblo se queda mi madre, mi hijo y otro hermano, un chaval de doce años muy simpático, pues el mayor, nada más cumplir los dieciséis años, se había ido al frente y ya no estaba con nosotros. Para que os hagáis una idea de las condiciones en que estaba mi madre con nosotros y de la admiración que sentía, sobre todo con su hijo el mayor, observad lo que decía:

—Si algo le ocurriera a mi Julián, no es solamente que pierda un hijo, sentiría también lo que pierde España.

Si mi hermano hablaba quedaba prendida en sus palabras; pero la pasión era recíproca, pues mi hermano, cuando hablaba de su madre y pensaba en la miseria en que se había criado, encontraba maravilloso que fuera tan inteligente y despierta. Sus conversaciones eran largas y amenas, podían hablar de todo; mi hermano siempre dándola ánimos. ¡Con cuánto cariño recuerdo mis días de evacuadas que tuve a mi madre, mía, mía, como mi mejor amiga! A sus hermanas debía de pasarlas lo mismo, pues no faltaban ninguna tarde.

Recuerdo una tarde que estábamos riendo en el patio, por cierto, con nosotras estaba una prima monja que ellas querían mucho; mi tía Petra se debía encontrar tan feliz que dijo:

Si esto son guerras que nunca haya paces.

Ella no tenía a nadie en el frente, mi madre le regañó y la dijo que pensara en los hombres que estaban en el frente. Ella se disculpó diciendo que Dios la perdonase, pero Pepe en ese momento era feliz completamente.

Documentos relativos Orgaz (Toledo) Disponible en: www.villadeorgaz.es
Seleccionado por Jesús Gómez Fernández-Cabrera

Las mujeres que tuvieron la valentía de empuñar las armas y marchar con los hombres, fueron como esas rosas que cuidan todo un equipo de jardineros para poder presentarlas en un concurso. Esas rosas, con el final tan catastrófico que os explico, fueron fusiladas. En mi pueblo, según me explicaron, ningún terrateniente de aquellos se manchó las manos, pero sus denuncias estuvieron a la orden del día, inclusive a sabiendas de que eran inocentes; igualmente ocurrió en toda España. Entonces, pensé, tenían bastante dinero para no mancharse las manos, pero no dudaron en enguarrinarse la boca. Para ellos es aplicable el proverbio que dice: "el que después de vencer se venga no merecía vencer".

74

A los tres años de acabarse la guerra, me decidí; me fui al pueblo. El viaje lo hice con la hermana de Pablo. Me parece que os he dicho que, cuando se escapó de Albatera, se vino derecho a Madrid. Como estaba escrito, le cogieron, le llevaron a Porlier y de allí no salió vivo. Los trenes iban llenos de soldados, unos

99

licenciados, otros con lo que dicen permiso indefinido; todos habían estado en la guerra y cargaban, además, con tres años que les había exigido el gobierno de violencia que teníamos. Todos flacos y hartos de pasar calamidades. Constanza llevaba unas coplas; no sé, el caso es que se puso a tararearlas y los chicos que venían a nuestro lado a cantarlas. Quiero decir que, lo mismo que en la cárcel, hacían sus cosas para tratar de acomodarse y no morir, igual hacíamos nosotros. Nosotras hacíamos el viaje para tratar de matar el hambre; exponiéndonos, por lo menos yo, a que me cogieran presa, pues las gentes con que había convivido en el pueblo ya lo estaban. Aquellos soldaditos, muertos de hambre y flacos, todavía tenían ganas de cantar y contar chistes. En ese viaje oí el primer chiste alusivo a la situación; aunque no me acuerdo exactamente, hablaba de que alguien, no sé dónde, le preguntaba a Franquito que por qué los españoles no protestábamos, a lo que él respondía, que nos había dado salbado y nos estábamos haciendo gallinas.

Por fin llegamos al pueblo. Sólo diré que en 15 días engordé cuatro kilos, pero también vi que el que no tenía un cachito de tierra pasaba hambre. Me contaron grandes penas, de los hombres presos y de los leñadores a quienes se perseguía como a ladrones, les mataban los animales, los metían en la cárcel por dos o tres meses. Es decir, me encontré con el hambre y las calamidades que como nube negra se había extendido y cubría toda la península.

Pero aquellas gentes habían aprendido a enterrar el trigo. En las casas tenían molino de mano. Aunque no quedaba bien molido el trigo, hacían pan, gachas y todo lo que se presentaba. El molino también había que tenerlo escondido, pues eso tenía su castigo.

Después de ese primer viaje, siempre que me encontraba sin saber por dónde salir, me marchaba al pueblo. Cuando mi hija tenía cuatro años, empezó con ganglios en el pecho. A los cinco años, recién dada de alta por los médicos, se dió un golpe en la rodilla y estuvo cinco años en un coche; a consecuencia del golpe se le había producido un tumor. Sin ganas de comer y sin tener que darla, lo poquito bueno que podíamos comprar era para ella. Mi hijo, como todo el que pasa hambre, era un buen rastreador; nada podía esconder, todo se le venía a la mano.

Documentos relativos Orgaz (Toledo) Disponible en: www.villadeorgaz.es
Seleccionado por Jesús Gómez Fernández-Cabrera

Pero no recuerdo haberle tenido que regañar por comer nada que se tuviera comprado para su hermana. Eso era maravilloso, dado que un día les descubrió una vecina, a él y a su primo, comiéndose la cordilla de la gata. Todo cuanto había de valor en la casa lo tenía en el Monte de Piedad. De las tantas veces que no sabía qué hacer, me marché al pueblo cuatro meses por ver si mejoraba mi hija. En esos cuatro meses no le faltaron sus buenos vasos de leche de burra y fomentos en la rodilla, de vino de no sé cuántos grados. Se los ponía calentitos tres veces al día. No sé si con eso con el masaje y el calor, conseguí que no se le encogieran los tendones cuando la pierna tenía tendencia a doblarse. Cuando me vine a Madrid mis tíos me dieron quinientas pesetas con que pude sacar todo lo que tenía en el Monte; si no, a lo mejor hubiera perdido lo poco que me quedaba. Ya había vendido juegos de cama en quince pesetas, tazas, cristalerías, lana de los colchones. Todo cuanto había vendible y empeñable había salido de la casa por cuatro pesetas. Mi caso era el de la mayoría de la gente.

Yo tenía que cuidar a mi hija; éramos cuatro personas a comer, amén de los que tenía alrededor, como mis tres sobrinos que casi siempre se apuntaban, pues siempre me venían contando que alguno no había comido. Todo esto con 10 pesetas. Como mi oficio era modista, podía haber trabajado, pero si no había para comer, menos había para vestir. Así es que hice sacos e hice pantalones, que me pagaban a tres pesetas.

De atender a la casa en esas condiciones y del mal comer, acabé poniéndome mala. Empecé con descomposición: era la moda de la hemotisis o descomposición. Cómo sería que en alguna deposición perdí hasta el conocimiento. Pensé morir pues, además, a una señora de enfrente se le había muerto una hija de diecinueve años, tuberculosa. Y a otra vecina, que vivía en el número trece de mi pasillo, tenía otra de unos diecisiete años que había empezado con hemotisis; la madre se venía a llorar al rincón de mi puerta para que su hija no la viera, mientras la de enfrente daba gritos por su otra hija. Con estos cuadros, y lo mala que yo estaba, pensaba: yo me muero. Os diré que si no hubiera sido por mis hijos, creo que no me hubiera importado hacerlo.

Documentos relativos Orgaz (Toledo) Disponible en: www.villadeorgaz.es
Seleccionado por Jesús Gómez Fernández-Cabrera

Mi hermano Julián le dijo a mi madre en alguna ocasión: "De brutos que son, nos harán una guerra por seguir siendo feudales". Los terratenientes españoles eran inamovibles. Como anécdota, os diré que, ya pasados 18 ó 19 años después de la guerra, una señora de mi pueblo, a la que por cierto los republicanos habían fusilado a su marido y a cuya casa tuve que ir por cosas de trabajo —en esa ocasión España empezó a hacer algún pinito de bienestar y a querer ser Europa— me dijo que estaríamos muy contentos los obreros, pues, después de tanto luchar y haber perdido tantas vidas, los que habían ganado la guerra habíamos sido nosotros los obreros; creo que estaba dolida por aquella subida del jornal a sesenta pesetas. Es un ejemplo de la mentalidad de los burgueses que hicieron la guerra, junto con los alemanes, a una juventud capaz de adelantar el siglo.